

una sobre la máquina. Tus pies pequeñitos movían los pedales de hierro, y entonces la máquina marchaba, marchaba en el sosiego del patio con un ruido lijero y rítmico.

María Rosario, yo pienso a ratos, después de tanto tiempo, en tus manos blancas, en tus pies pequeños, en tu busto suavemente henchido; yo quisiera volver a aquellos años y oír el ruido de la máquina en ese patio, y ver tus ojos claros, y tocar con las dos manos muy blandamente tus cabellos largos.

Y esto no puede ser, María Rosario; tú vivirás en una casa oscura; te habrás casado con un hombre que redacte terribles es-

critos para el juzgado; acaso te hayas puesta gruesa, como todas las muchachas de pueblo cuando se casan; tal vez encima de la mesa del comedor haya unos pañales... Y yo siento una secreta angustia cuando evoco este momento único de nuestra vida, que ya no volverá, María Rosario, en que estábamos los dos frente a frente, mirándonos de hito en hito sin decir nada.—Azorín.

(Del libro *Las confesiones de un pequeño filósofo*). Otros libros de Azorín: *El alma castellana*, *La Voluntad* (novela), *La ruta de don Quijote*, *Castilla*, *Los pueblos*, *Clásicos modernos*.

Primer amor

(PROSA DE AZORIN)

A Marisabel Carvajal, (*Carmen Lira*)
en homenaje.

¿Recuerdas?... ¿Recuerdas,
María Rosario?

Frisabas entonces
tus bellos quince años;
tu traje era negro,
tu cuello muy blanco;
pequeños y monos
eran tus zapatos.

Tú cosías siempre
sentada en el patio
de rojos ladrillos
bien pulimentados;
tu máquina alzaba
su amoroso canto,
al sentir el ritmo
de tus pies enanos.
Todo allí era fresco,
todo allí era grato:
las plantas sembradas
en cubos pintados,
las telas metidas
dentro del fayanco,
la pobre Teresa
sentada en un ángulo
con sus ojos dulces
y su rostro pálido....
todo respiraba
silencioso encanto.

Sobre esos instantes
jamás olvidados
han ido poniendo

su nieve los años,
sus sombras la ausencia,
la pena sus dardos:
y yo—envejecido—
siento al recordarlos,
el contacto suave
de tus blancas manos,
el compás airoso
de tu andar gitano
destrenzando al viento
tus cabellos largos.
Siento la mirada
de tus ojos claros
y las opulencias
de tu busto, alcanzo
a escuchar el dejo
dulcemente extraño
de tu voz, y anhelo
volver al pasado,
revivir aquellos
adorables ratos
que vivimos juntos,
que juntos gozamos
a la fresca sombra
de tu fresco patio,
mientras trabajabas,
¡María Rosario!

¡Oh, ya no es posible...!
Tú te habrás casado
con un hombre adusto,
quizás... en los campos